

una carta que escribió el padre Procurador de Jerusalen, y la cual me facilitó el mismo autor de esta obra. En ella se veia la historia del país y otros curiosidades muy notorias a los viajeros y al mismo tiempo. Pero no he querido publicarla en la segunda edición que he escrito. Y desgraciadamente en algunas de las ediciones de Jerusalen que he publicado de todas las mejores por el momento. En esta edición se ha agregado un capítulo de Jerusalen, que yo tenia de escribir a los padres de la Iglesia Santa, para ocupar de una vez que en un viaje al Santo Sepulcro. En esta obra he tratado de dar un conocimiento del convento en compañía de los religiosos de un

CUARTA PARTE.

VIAJE Á JERUSALEN.

Pasé algunas horas escribiendo cuanto había observado en los parajes que acababa de ver, pues el método de vida que seguí durante mi permanencia en Jerusalen fué el andar de día y escribir de noche. El 7 de Octubre al amanecer vino á verme el padre procurador, me refirió lo que había pasado entre el bajá y el padre guardian, y dispusimos lo que se había de hacer, que fué remitir mis firmanes á Abdallah, el cual se irritó, gritó, amenazó, y concluyó por fin exigiendo á los religiosos una suma algo menos que la que había pedido. Siento no poder insertar la copia de

una carta que escribió el padre Buenaventura de Nola al señor general Sebastiani, y la cual me facilitó el mismo religioso. En ella se veía la historia del bajá, y otras circunstancias muy honoríficas á la Francia y al mismo general. Pero no he querido publicarla sin la anuencia del que la escribió, y desgraciadamente la ausencia del general Sebastiani me ha privado de todos los medios para obtener este permiso.

Era preciso todo el deseo que yo tenia de ser útil á los padres de la Tierra Santa, para ocuparme de otra cosa que en mi visita al Santo Sepulcro. Salí, pues, aquella misma mañana del convento en compañía de dos religiosos, de un dragoman, de mi criado y de un genízaro, y me dirigí á pié á la iglesia del Santo Sepulcro. Todos los viajeros han hecho la descripción de esta iglesia, la mas digna de veneración de toda la tierra, ora se la contemple con los ojos de la filosofía, ora con los del cristianismo, y esta circunstancia hace mas embarazosa mi descripción. Si he de ofrecer la pintura exacta de los Santos Lugares, no haré mas que repetir lo que han dicho otros antes que yo: no hay objeto menos conocido de los modernos, al paso que de ninguno se han hecho tantas descripciones. Pero suprimir el cuadro de estos lugares sagrados, seria callar lo mas esencial de mis viajes, y por consiguiente seria nulo el objeto que me habia inspirado esta peregrinación. Fluctuando largo tiempo en estas ideas, me decidí, por último, á describir las principales estaciones de Jerusalem, fundado en las siguientes consideraciones:

1.ª Nadie lee en el dia las antiguas peregrinaciones, y por consiguiente, las mismas cosas ya sabidas, parecerán enteramente nuevas á la mayor parte de los lectores.

2.ª La iglesia del Santo Sepulcro ya no existe, por-

que pereció en un incendio despues de mi regreso á Francia, y soy por tanto el último viajero que la ha visitado, y en su consecuencia su último historiador.

Pero como no tengo el orgullo de creer que trazaré un cuadro bien acabado, me aprovecharé de los trabajos de mis antecesores, cuidando únicamente de ilustrar sus pasajes con las observaciones que me han parecido oportunas.

Entre estas obras hubiera dado acaso la preferencia á las de los viajeros protestantes, por contemporizar con el espíritu del siglo, que se halla dispuesto á rechazar todo lo que tiene un origen demasiado religioso; pero desgraciadamente satisfacen muy poco las descripciones de Pococke, Shaw, Maundrell, Hasselquist y algunos otros. Los sábios y los viajeros que han descrito en latin las antigüedades de Jerusalem, tales como Adamanno, Beda, Brocard, Willibaldo, Breydenbach, Sanut, Ludolfo, Reland,¹ Adriconio, Quarismio, Baumgarten, Fureri, Bochart, Arias Montano, Reuwich, Hese y Cotovic,² me obligarian á verificar algunas traducciones, que en último resultado ofrecerian poca novedad al lector.³ En vista de esto he seguido, pues, á los

1 Su obra titulada: *Palestina ex monumentis veteribus illustrata*, es un prodigio de erudición.

2 Lleva tan adelante su descripción, que inserta además los himnos que cantaban los peregrinos en cada una de las estaciones.

3 Existen tambien dos descripciones de Jerusalem, escrita una en armenio y otra en griego moderno, la cual he visto. Las mas antiguas descripciones, como las de Sanut, de Ludolfo, de Brocard, de Breydenbach, de Willibaldo, de Adamanno, ó mas bien Arcolfo, y del venerable Beda, son ciertamente muy curiosas, porque solamente leyéndolas puede venirse en conocimiento de las novedades que se han verificado en la iglesia del Santo Sepulcro, pero que son inútiles respecto del monumento moderno.

viajeros franceses,¹ y entre ellos á Deshayes, cuya descripción del Santo Sepulcro me ha parecido la mejor por las consideraciones siguientes:

Belon (1550), célebre como naturalista, apenas habla una palabra del Santo Sepulcro, y su estilo además es anticuado, y otros mas antiguos que él, como por ejemplo, Cachernios (1490), Regnault (1522), Salignac (1522), Le Huen (1525), Gassot (1536), Renaud (1548), Postel (1553) y Giraudet (1575), se resienten igualmente de un estilo demasiado estraño á nuestro lenguaje moderno.

Villamont (1588) describe bien, pero sin método ni crítica. El padre Boucher (1610) es tan piadosamente exagerado, que es imposible aprovechar sus trabajos: Bernard (1616) escribió con mucho juicio, sin embargo de que solo contaba veinte años cuando verificó su viaje; pero es difuso y oscuro. El padre Pacífico (1622) es vulgar y demasiado compendiosa su narracion. Monconys (1647) no se ocupa mas que en recetas de medicina. Doubdan (1651) es claro, sábio y digno de ser consultado; pero demasiado minucioso aun en las cosas mas insignificantes. Fray Rogerio (1653), empleando cinco años en el servicio de los Santos Lugares, tiene ciencia, crítica, y un estilo vivo y animado; pero no me he valido de su descripción del Santo Sepulcro por ser muy estensa. Thevenot (1656), uno de nuestros mas distinguidos viajeros, ha hablado perfectamente de la iglesia del Salvador, y recomendando su obra á los lectores (Viaje á Levante, capítulo XXXIX); pero no dice mas que Deshayes. El jesuita Nau (1674) reúne la

¹ El español Vera es muy conciso, aunque muy claro. Zuallardo, italiano, confuso y vago. Pedro del Valle es agradable por la gracia de su estilo y de algunas aventuras, pero vale poco su autoridad.

doble circunstancia de conocer á fondo los idiomas del Oriente, y de haber hecho su viaje á Jerusalem en compañía del marqués de Nointel, nuestro embajador en Constantinopla, á quien debemos los primeros dibujos ó copias de las ruinas de Atenas; pero es muy sensible que el sábio jesuita se deje llevar de una intolerable prolijidad hasta un punto poco disimulable. La carta del padre Neret, comprendida en la colección de *Cartas edificantes*, es excelente; pero suprime muchas cosas de interés. Lo mismo se puede decir de Loiret de La Roque (1688). Los viajeros modernos, Muller, Vanzow, Korte Bscheider, Mariti, Volney, Niebuhr y Brown, apenas hacen mencion de los Santos Lugares.

Deshayes (1621), enviado á Palestina por el rey Luis XIII, me ha, pues, parecido el mas propio y digno de ser citado: 1º porque los mismos turcos le acompañaron en la visita que hizo á todos los lugares santos de Jerusalem, y aun le hubieran permitido la entrada en la mezquita del templo, si hubiera querido reconocerla: 2º porque es tan claro y preciso en el estilo algo anticuado de su secretario, que Pablo Lúcas lo copió palabra por palabra, sin manifestar el plagio, como acostumbraba; y 3º porque d'Anville, y esta es la razon mas poderosa, tomó ocasion del mapa de Deshayes para hacer una estensa disertacion, que es tal vez la obra mas importante de este célebre geógrafo.¹ Así pues, copiaré la descripción de Deshayes de la parte material de la iglesia del Santo Sepulcro, reservándome al fin añadir mis observaciones.²

¹ Esta misma es la opinion del sábio Mr. de Sainte-Croix. El título de la disertacion de d'Anville es: *Disertacion sobre la estension de la antigua Jerusalem*. La insertamos al fin del *Itinerario*, por ser raros sus ejemplares.

² No he puesto en las notas que van al fin del tomo este largo texto

“El Santo Sepulcro, y la mayor parte de los Santos Lugares pertenecen á la orden de San Francisco, la cual, de tres en tres años, envia nuevos religiosos; y aunque los hay de todas las naciones, pasan todos por franceses ó venecianos, y están bajo la proteccion del rey de Francia. Hace unos sesenta años que habitan fuera de la ciudad, en el monte Sion, en el mismo paraje donde Nuestro Señor celebró la cena con sus apóstoles; pero habiendo los turcos convertido en mezquita su iglesia, desde entonces los religiosos habitan en la ciudad sobre el monte Gion, en el convento que llaman de *San Salvador*, y es la residencia del guardian y de la principal comunidad, que surte de religiosos á todos los puntos de la Tierra Santa donde se necesitan.

“La iglesia del Santo Sepulcro solo dista del convento unos doscientos pasos, y comprende en su recinto el Santo Sepulcro, el monte Calvario y otros muchos lugares santos. Santa Elena hizo edificar parte de esta iglesia para que estuviese á cubierto el Santo Sepulcro; pero los príncipes cristianos que vinieron despues, la aumentaron de modo, que comprendiese tambien el monte Calvario, que solo dista cincuenta pasos del Santo Sepulcro.

“Antiguamente el monte Calvario estaba fuera de la ciudad, y era el sitio destinado para ajusticiar á los malhechores; y con el objeto de que todos los pudiesen ver, habia un vasto espacio entre el monte y las murallas de la ciudad. Lo demás del monte estaba rodeado de jardines ó huertos, y el uno de ellos era el de José de Arimathea, discípulo oculto de Jesucristo, y el cual se habia mandado

de Deshayes, porque es de suma importancia en este lugar, y facilita lo que yo mismo voy á añadir respecto de la iglesia del Santo Sepulcro.



hacer allí su sepulcro, en el que fué puesto el cuerpo del Salvador. Los judíos no acostumbraban á enterrar sus muertos como nosotros los cristianos; pues cada uno, segun sus medios, abria en cualquier peñasco un cuartito ó nicho, donde depositaban el cuerpo sobre una mesa de la misma piedra, y despues lo cerraban con otra piedra, que por lo comun no tenia mas que cuatro piés de alto.

“La iglesia del Santo Sepulcro es de forma muy irregular, pues han tenido que acomodarse á los lugares que querian comprender en ella: viene á formar una cruz, y tiene ciento veinte piés de largo, sin contar la bajada de la Invention de la Santa Cruz, y setenta de ancho. Tiene tres cúpulas, y la que cubre el Santo Sepulcro sirve de nave á la iglesia, y tiene treinta pasos de diámetro: está abierta por arriba como la rotunda de Roma. Es verdad que no tiene bóveda, pues la cubierta se sostiene sobre grandísimas vigas de cedro, que se trajeron del monte Líbano. Antes se entraba en esta iglesia por tres puertas; pero en el día ya no hay mas que una, cuyas llaves guardan con sumo cuidado los turcos, tēmiendo que entren los peregrinos sin pagar los nueve cequíes ó treinta y seis pesetas que exigen á los cristianos forasteros, pues los vasallos del gran señor no pagan ni la mitad. Esta puerta está siempre cerrada, y solo tiene una ventanita atravesada con una barra de hierro, por donde los de fuera dan la comida á los que están dentro, los cuales son de ocho naciones diferentes.

“La primera es la de los latinos ó romanos, que son los religiosos de San Francisco, y los cuales guardan el Santo Sepulcro, el paraje del monte Calvario donde nuestro Señor Jesucristo fué clavado en la cruz, el en que se halló la santa cruz, la piedra donde fué ungido el santísimo

cuerpo, la capilla donde nuestro Señor se apareció á la Virgen despues de haber resucitado.

“La segunda nacion es la de los griegos, que tienen el coro de la iglesia, donde se celebran los officios divinos, y en medio del cual hay un círculo pequeño de mármol, cuyo centro dicen es el medio de la tierra.

“La tercera es la de los abisinios, y los cuales tienen la capilla donde está la columna del *Improprio*.

“La cuarta es la de los coftos, que son los cristianos de Egipto, y tienen un oratorio pequeño cerca del Santo Sepulcro.

“La quinta la de los armenios, que ocupan la capilla de Santa Elena, y aquella en que se dividieron y jugaron las ropas de nuestro Señor.

“La sesta la de los nestorianos ó jacobitas, que han venido de Caldea y de Siria. Estos tienen una capilla cerca del paraje donde nuestro Señor se apareció á la Magdalena en figura de hortelano, y por esto la llaman la *Capilla de la Magdalena*.

“La sétima la de los georgianos, que habitan entre el mar Mayor y el mar Caspio, y tienen el paraje del monte Calvario donde se puso la cruz, y la cárcel donde estuvo nuestro Señor mientras hacían el agujero para plantarla.

“La octava es la de los maronitas, que habitan en el monte Líbano y obedecen al papa como nosotros.

“Cada nacion, además de estos santuarios, que todos los que están dentro pueden visitar, tienen otras viviendas particulares en las bóvedas y rincones de esta iglesia, que les sirven para retirarse y celebrar los divinos officios, segun sus ritos particulares; pues los sacerdotes y religiosos que aquí entran, permanecen por lo regular dos meses sin salir, hasta que envian otros del convento que tienen en la

ciudad para reemplazarles. No es posible permauecer mucho tiempo en esta iglesia sin enfermar, porque no tiene buena ventilacion, y las bóvedas y paredes despiden una humedad muy dañosa. Sin embargo, hallamos un ermitaño que habia tomado el hábito de San Francisco, y hacia veinte años, que estaba allí sin salir, bien que tiene mucho que trabajar, cuidando de doscientas lámparas, y limpiando y adornando los Santos Lugares; de modo que apenas le quedarian cuatro horas de descanso al dia.

“Lo primero que se encuentra al entrar en la iglesia es la piedra de la uncion, sobre la cual fué ungido el cuerpo de nuestro Señor con mirra y alóes antes de darle sepultura. Algunos dicen que es de la misma roca del monte Calvario; pero otros afirman que la trajeron allí José y Nicodemus, discípulos secretos de Jesucristo, y los cuales hicieron aquella piadosa obra; y añaden que la piedra es de un color verdoso. Como quiera que sea, fué preciso cubrirla con mármol blanco y cerrarla con una reja de hierro para que ninguno la pise, y para evitar que los peregrinos la rompiesen. Tiene ocho piés menos tres pulgadas de largo, y dos piés menos una pulgada de ancho, y encima hay ocho lámparas que arden de continuo.

“El Santo Sepulcro está á treinta pasos de esta piedra, precisamente en medio de la gran cúpula de que ya hemos hablado, y es como un cuartito practicado á pico en la misma roca. La puerta que mira al Oriente no tiene mas que cuatro piés de alto y dos y cuarta de ancho, de modo que es menester bajarse mucho para entrar allí. Lo interior del sepulcro es casi cuadrado, y tiene seis piés menos una pulgada de largo, y seis piés menos dos pulgadas de ancho. Hay una mesa sólida de la misma piedra, que espresamente se dejó cuando se abrió lo demás: esta piedra tiene dos